

EL DELITO DE OPINIÓN Y LA TRADICIÓN ARGENTINA, por *Alfredo L. Palacios*.

Don Alfredo L. Palacios es senador de la República Argentina y miembro destacado del partido socialista de su país. Pero no se crea por esto último que es un revolucionario. El partido socialista argentino se diferencia fundamentalmente del chileno y en Argentina ser socialista no es lo mismo que en Chile. Aquí, esta entidad política tiene un carácter marcadamente marxista y una orientación revolucionaria. En Argentina, no. Es sólo un partido reformista de índole social-demócrata en su aspecto ideológico y sociológico. No es extraño entonces que el doctor Palacios encuentre doctrina disolvente al comunismo, como también al fascismo, porque en Argentina el partido socialista se ha opuesto siempre a la unidad de la clase obrera en su lucha política con tendencia revolucionaria, mientras que en Chile socialistas y comunistas actúan en conjunto y aun propician la fundación de un partido único. Por eso no es difícil encontrar en la última obra del doctor Palacios afirmaciones que desde un punto de vista doctrinario socialista son inconsecuentes como, por ejemplo, cuando cree que sólo debido a la imprevisión del Gobierno Argentino existe desocupación y miseria en el proletariado de su patria (pág. 29). Los socialistas chilenos considerarían culpables de esta situación al sistema económico.

Pero volvamos al libro del senador Palacios que tiene algunos aspectos enjundiosos y firmes: *El Delito de Opinión y la Tradición Argentina* (y). Este volumen lo compone el largo discurso que pronunciara el señor Palacios en el Senado de la República de su nación, con motivo del debate sobre represión del comunismo que se suscitó a raíz de un proyecto sobre este asunto. A este discurso, que es lo esencial del libro, le sigue un «Apén-

dice» que lo constituye una carta del señor Palacios a Henri Barbusse que le enviara a éste el año 35 y de quien era amigo y un prólogo al notable libro de Lewis H. Morgan titulado *La Sociedad primitiva*. Es digno de notar el tono levantado con que está escrito, la medida expresiva, la sólida documentación y la amplitud de conocimiento que revela poseer el doctor Palacios. Nunca desciende a la invectiva torpe, a la diatriba ignorante. Es el hombre de estudio que expone con serenidad problemas palpitantes que a menudo se discuten de otra manera, por lo menos aquí en Chile. En lo que se refiere a la tradición argentina, el doctor Palacios demuestra en forma irrefutable su permanente sentido democrático y reafirma una vez más su confianza en la democracia, creyéndolo el mejor sistema de gobierno para su pueblo.

Como creyente y defensor de los principios democráticos, el senador Palacios es naturalmente enemigo de toda ley que reprima la propaganda de las ideas, considerando que ninguna idea es peligrosa en sí, menos cuando se dilucida a plena luz, sosteniendo también que sólo la violencia real debe ser controlada y castigada por la ley, porque la idea, mientras se mantiene en su plano meramente intelectual y especulativo a nadie obliga que se la siga o se la estime. Las ideas, agrega, deben combatirse con ideas y sólo a la fuerza debe oponérsele la fuerza. «Apelar a medios coercitivos para exterminar a las ideas, es un testimonio de debilidad. Considerado desde este aspecto, me atrevería a decir que me opongo al proyecto, porque su finalidad efectiva será la propaganda del comunismo».

«Deben dominar ahora las fuerzas espirituales para salvarse, imponiendo un sentimiento solidario. A eso tiende el socialismo: lo que yo entiendo por socialismo. Y su realización ha de efectuarse dentro de la democracia, por la influencia fecundante de la libertad y la acción educativa del pensamiento creador y constructivo».

«Por eso rechazo el ideal comunista que desde un punto de

vista, como el régimen capitalista actual, tiende a la primacía de las cosas sobre el hombre, de la economía sobre la libertad que rebaja por lo tanto la dignidad humana, colocándola al nivel de las cosas creadas por el hombre o en situación de inferioridad».

«Pero repudio toda clase de ideas represivas de la propaganda de ideas, pues, a pesar que se insinúan en nuestro seno fuerzas antagónicas, nos conservamos en un plano equilibrado de tensiones interiores que prometen resolverse en una fecunda superación».

Analiza también el senador Palacios lo que llama el «estigma de comunista» y como éste se le aplica a cualquiera persona, aunque sea contraria decidida de tal doctrina, que diga la verdad valientemente o señale con energía alguna injusticia social. «Todo el que defiende alguna reivindicación obrera o ataca algún privilegio corre el riesgo que se le considere comunista». A tal extremo que el jesuíta Gabriel Palau, publicista conocido, decía irónicamente: «¿No será comunista monseñor Franceschi al interesarse por el descanso hebdomadario de los choferes particulares?».

«Efectivamente—le contesta el director de «Criterio» (la revista católica más importante que se publica en Sudamérica, añade el que comenta), he sido tratado de comunista por haber defendido el descanso hebdomadario de los choferes particulares y haber combatido la promiscuidad en los conventillos, y por haber sustentado, de acuerdo a la enseñanza pontificia, el salario familiar, sin contar otros motivos altamente honrosos para mí».

Al oponerme—dice más adelante el doctor Palacios—a este despacho que propone una ley draconiana de represión, yo no defiendo al comunismo, porque soy su adversario. Lo que defiendo es la libertad de pensar y de asociarse, que son dos derechos básicos de la convivencia humana; lo que defiendo es nuestra civilización, que no estriba en otra cosa que en la suma de las libertades individuales. No hay disolvente más eficaz para

las ideas violentas y las ideas extremistas que la libertad individual y el bienestar colectivo».—A. T.



CAMINOS EN SOLEDAD.—Poemas, por *Carlos René Correa*.—Editorial Nascimento.—Santiago.

Mucho que ver y poco que admirar hemos encontrado en estos «Caminos en Soledad». Mucha flor, mucho pájaro, muchos campos y noches con estrellas, y muchas otras cosas bellas y ostensibles; pero no hemos encontrado «la cosa» íntima y recóndita que se acurruca en lo hondo de la psiquis del poeta: esa cosa que levanta su vuelo imprevisto, como alondra del surco, y sorprende nuestra imaginación con el diestro giro impensado o con el concepto estremecido y gozoso.

Y no es que al autor le falten particulares y personales condiciones emotivas: es que ha andado su camino demasiado embelesado en la fácil y mística contemplación del panorama objetivo. Panorama copioso de elementos, sin duda alguna, aunque sin mayor variedad ni relieve, que el poeta capta y canta con un entusiasmo parejo, sin llegar al tono alto de la pasión, ni caer tampoco en triviales alternativas. Falta de técnica, en gran parte, bien explicable en la juventud del autor; puesto que sabemos por el prólogo del libro, que estos poemas fueron escritos en un Seminario; y aunque no tienen mucho olor a santidad, tienen mucho olor a infancia y a inocencia. Acaso también haya de atribuirse esa falta de experiencia a la ausencia, o tardanza, en la vida del poeta, de ese gran maestro, el Amor. Porque, es curioso notar que de los sesenta y tantos poemas de este jugoso devocionario lírico, ninguno de ellos ha sido oficiado en el altar mayor de la Poesía.

Dice Francisco Donoso en el prólogo de «Caminos en Soledad», que su autor aprendió primero a escribir en verso antes